



DIARIO DE INTERESES GENERALES, NOTICIAS Y ANUNCIOS.

NUMEROS DEL DIA 10 CENTIMOS DE PESETA.

PRECIOS DE SUSCRICION

Murcia: un mes, 6 rs.—Fuera: un trimestre, 20 rs.—Un semestre 40 rs.—Un año, 80 rs.—Pago anticipado.—Números atrasados un real.

Dirección y administración: calle de Lucas.

PRECIOS DE INSERCIÓN

Línea de anuncios á medio real.—Avisos oficiales, comunicados, etc., á precios convencionales y módicos.

EL NOTICIERO.

DON JOSE MARIA MUÑOZ.

La inundación del río Segura en la noche del 14 de Octubre último, ha llenado de luto y desdichas los importantes pueblos de su estensa y feracísima vega; y la relación de las desgracias causadas por su impetuosa corriente ha excitado en alto grado sentimientos de caridad en todos los corazones generosos. A porfía, como si nadie quisiera ser menos dádivo, espléndidos donativos, cuya suma apenas pudiera concebirse, han venido á remediar en parte las necesidades más perentorias de sus desgraciados habitantes. Grandes han sido, ciertamente, los rasgos de caridad en esta ocasión desplagados; pero entre todos ellos aparece uno de tal naturaleza que ha llenado de admiración á las gentes, y hecho que el nombre del que así ejerce la caridad, se repita de boca en boca con respeto y veneración: este filántropo, que de una sola vez se ha desprendido generosamente en favor de los que sufren de un capital que le producía líquida una renta anual de ciento cuarenta mil reales, hace mucho tiempo que repartiendo cantidades de menor consideración, pero todas ellas importantes, viene dando repetidos ejemplos de abnegación, por desgracia no imitados. Este hombre generoso y justo, este hombre de desprendimiento tan extraordinario es el Ilmo. Sr. D. José María Muñoz Bajo de Menjibar, que siente las [desgracias de sus semejantes «por cuanto creo desde niño, ha dicho en ocasión solemne, y así lo he venido practicando, desde que he tenido uso de razón y medios de qué disponer, que todos los desgraciados y necesitados, sean los que fueren, son mis hermanos y tienen derecho al socorro que yo pueda y deba darles como hombre honrado y cristiano.»

De reciente la prensa periódica se ha ocupado con insistencia de este que con razón sobrada debemos llamar preclaro varón, haciendo esposición de sus virtudes; empero como estas indicaciones hayan sido solo vagos datos aislados de su vida, hemos creído oportuno reunirlos en forma de biografía, para dar de esto modo, completo, el círculo edificante de un

cumplido y perfecto ciudadano.

Nació el Ilmo. Sr. D. José María Muñoz Bajo de Menjibar, en Cabezucla, villa importante de la provincia de Cáceres, situada no muy lejos de la memorable ciudad de Plasencia. Sus padres D. Alfonso Muñoz, y D.ª María Bajo de Menjibar, escasos en bienes de fortuna, pero ricos de virtudes, dieron al niño José desde su tierna infancia una educación esmerada, inculcando en su corazón los sentimientos de equidad y justicia, que tanta influencia en él debían alcanzar durante su vida. ¿Qué de extraño fuera esto, si en la niñez las primeras impresiones se graban en el fondo del alma con caracteres indelebles, y de terminan las inclinaciones del hombre en su edad adulta?

Los padres de Muñoz, modestos y contentos en su digna medianía, eran virtuosos: la virtud pues, aunque adusta, fué su compañera inseparable cuando al dejar la casa paterna pasó á cursar humanidades y filosofía en los seminarios de Plasencia y Coria, únicos establecimientos de enseñanza en aquella época abiertos á la juventud estudiosa. En ellos permaneció como colegial, siendo modelo de aplicación, hasta la edad de diez y nueve años, y como no se sintiese con vocación para el estado eclesiástico, dejó aquellas aulas y se entregó á su afición favorita, que era viajar, pues decía que el conocer á los hombres es difícil ciencia aunque siempre oportuna y de aplicación inmediata en los accidentes de la vida, y solo se aprende en el trato variado de las gentes. Visitó casi todas las ciudades principales de Castilla; pudo apreciar la invidiable sencillez de costumbres en los pueblos Eúskaros, dichosos con sus franquicias municipales, y cuando tenía formado claro concepto de las cosas de su patria, y su inteligencia se hallaba llena de los conocimientos necesarios para hacerse cargo de las civilizaciones de otros pueblos, pasó la alta barrera de los Pirineos y entró en Francia, contados ya sus veinte y cinco años de edad.

Constante en sus propósitos de completar su educación, no circunscribiendo el campo de sus observaciones á determinado lugar, para no limitar su criterio al círculo estrecho de preocupaciones de escuela, ni de tradiciones de pue-

blo, permaneció solo en las ciudades que visitara, el tiempo oportuno para conocer su cultura, en su más lato concepto. De este modo pasó por Bayona, Burdeos, Angulema, Orleans; se detuvo largo tiempo en París, pasó por Rouer, Bologne, y muchas ciudades de Normandía, y regresó á su patria por Lion y Marsella, al cabo de dos años de ausencia.

Ya por este tiempo, 1841, Muñoz se hallaba en el periodo más vigoroso de su vida; su inteligencia de suyo vasta y poderosa, nutrida por sus observaciones en extraños países, amaba el bien por inclinación natural, y por los ejemplos que en la casa paterna viera en sus primeros años; así sus dotes y cualidades personales le recomendaban eficazmente, y rara vez tuvo necesidad de solicitar el patronato de persona alguna. Hallándose accidentalmente en Gerona, tuvo ocasión de conocer al coronel de caballería D. Carlos Ortiz, militar de grandes merecimientos, y muy luego se captó el aprecio de su hija Doña Carlota, con quien contrajo matrimonio en aquella ciudad en el mismo año. De este enlace tuvo andando el tiempo varios hijos, que ocuparon á su vez envidiables posiciones; pero limitémonos á relatar los hechos culminantes de nuestro protagonista, pues las virtudes son dones personales que nacen, y mueren con el sujeto á quienes adornan y no se transmiten con la herencia.

La sociedad conyugal impuso á Muñoz deberes imperiosos que cumplir, los cuales aceptó de buen grado; uno de estos fué el abandonar su afición por viajar y el establecerse definitivamente: en su consecuencia solicitó y obtuvo un empleo en el ramo de montes, que desempeñó algunos años, y luego ingresó en las oficinas de la administración pública, en cuya carrera lenta y paulatinamente, merced solo á sus merecimientos y dilatados servicios, ascendió á elevados puestos, desempeñando por el año 1852 el cargo de Administrador económico de la provincia de Zamora, y luego fué ascendido á contador de primera clase del Tribunal de Cuentas del reino. En el desempeño de este cargo, y por servicios extraordinarios se le concedió la cruz de la insignia orden de Carlos III, y los honores de Jefe de Administración civil.

En esta época, en la que ya Muñoz había cumplido sus cuarenta años, principió á disgustarle la vida de empleado. Su genio no había nacido para moverse pesadamente bajo el yugo de las fórmulas reglamentarias; necesitaba campo para llevar á la práctica su propia experiencia en materias rentísticas y económicas, adquirida en el extranjero, y pidió y obtuvo la cesantía con verdadera satisfacción, porque además, su carácter le hacía refractario al espíritu de rutina que generalmente forma la atmósfera en las oficinas del Estado.

Libre é independiente, exento de los cuidados que hasta allí le habían reducido á la dependencia de un mezquino sueldo, se dedicó Muñoz á empresas financieras, y como su reputación de inteligente era de todos reconocida, y su probidad justamente alabada, se encargó de una sociedad anónima consagrada á la explotación de minas; conocida bajo la razón social de San Carlos, con unánime aquiescencia de sus accionistas. Muñoz en este encargo desplegó suma actividad y celo; parecía que nacido para este objeto su genio emprendedor tenía sumisa y encadenada la fortuna, y tan pingües rendimientos se obtuvieron bajo su acertada dirección que las acciones de la mina puesta bajo su gestión administrativa, alcanzaron un valor extraordinario, llegandose á precio excesivo, cuyo milagro se debió todo por entero á la probidad y celo de nuestro protagonista.

Permaneció Muñoz al frente de aquella empresa doce años, y ya enriquecido, molestado por cierta afeción contraída por su continuo trabajo; abandonó su mina, lo que puso en sus manos un tesoro más que respetable, para con él atender al restablecimiento de su quebrantada salud, pero Muñoz, que ya contaba cincuenta y seis años, tenía contraídos tales hábitos de trabajar, que la ociosidad le imponía, de modo que no se avenía á vivir holgadamente entregado á un descanso sin término. La vida es la actividad: el lujo de la comodidad, del tranquilo reposo, tiene asiento en muelles cortesanos: en los hijos del pueblo, el trabajo es el mayor timbre de gloria, y para Muñoz, nacido en modesta, pero honrada cuna, trabajar era gozar. Dueño de un respetable capital, se dedicó á varias industrias, montó una fi-